Guinea Escribe

GUINEA ESCRIBE

I CONCURSO DE RELATO CORTO

GUINEA ESCRIBE

I Concurso de relato corto //Guinea Escribe// septiembre 2020

www.ccemalabo.es
Facebook: CCE Malabo
Twitter: @CCEMalabo

www.ccebata.org
Facebook: CCE Bata
Twitter: @CCEBata

Derechos
© **De esta edición:** Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
© **De los textos:** sus autores
© **De las imágenes:** sus propietarios

Créditos
Corrección de estilo: Filiberto Abeso Micha Monayong
Maquetación: CAPA Identidad Creativa
Coordinación: Cristina Quintillán Macías en Bata; Priscilla Llacza en Malabo

Biblioteca Digital de la AECID (BIDA): http://bibliotecadigital.aecid.es

Serie «Guinea Escribe»: ISSN 2617-538X Concurso de relato corto
ISBN 978-84-09-19936-5

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Nota previa
La Fundación Martínez Hermanos colabora y patrocina el Concurso de relato corto «Guinea Escribe» - Premio literario Fundación Martínez.
Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas. Entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.
En esta edición se ha colaborado con la Asociación Páginas de Luz.

I CONCURSO DE RELATO CORTO

GUINEA ESCRIBE

PRÓLOGO

El año 2016 vio nacer la primera edición del concurso de relato corto «Guinea Escribe», organizado por el Centro Cultural de España en Bata en colaboración con la Fundación Martínez Hermanos. Surgido en la Región Continental con el objetivo de estimular la escritura literaria entre los jóvenes de Bata, el certamen se estrenó con la participación de cuarenta relatos a concurso, saliendo triunfadoras dos mujeres a las que les fue otorgado el primer y segundo premio y un hombre que ganó el tercero.

El jurado, integrado por personalidades notables del mundo de la literatura como Mariano Ekomo (responsable de la librería integrada en el edificio del CCEB y miembro de la Asociación Páginas de Luz) y el Padre Longinos Eseng (sacerdote en la región continental), determinaron cuatro criterios de valoración de las obras: originalidad, ortografía, estilo narrativo y profundidad de los personajes.

Tras el fallo del jurado, el Director Nacional de la Fundación Martínez Hermanos, José Mecheba, junto con los asiduos colaboradores del CCEB en el ámbito literario, Matías Elé y Jesús Esono Monuga, hicieron entrega de los premios en un concurrido salón de actos.

La edición aquí presente, forma parte del corpus de publicaciones autoeditadas por el Centro Cultural de España en Bata en colaboración con la Asociación de Apoyo a la Mujer Africana (ASAMA). Todas ellas pueden ser consultadas en formato físico en la Biblioteca del CCEB o de forma online en nuestra web, en nuestro ISSU y en la Biblioteca Digital de AECID (BIDA).

CARTA DE PRESENTACIÓN FUNDACIÓN MARTÍNEZ HERMANOS

Somos una fundación civil, sin ánimo de lucro e independiente, creada con el fin de promover y ejecutar acciones que contribuyan a la sociedad. Somos una fundación joven, pero nuestra perspectiva es trabajar con dinamismo e innovación en cada proyecto emprendido por el bienestar social.

Desde el año 2013, hemos realizado diversas actividades de contribución al desarrollo social, como parte de la Responsabilidad Social Corporativa perteneciente a la entidad matriz ligada a esta fundación, la empresa Martínez Hermanos 1927. Nuestra meta es convertirnos en referente de RSC para otras empresas, actuando en proyectos que atiendan las necesidades sociales de nuestro país.

En el año 2016 la Fundación Martínez Hermanos 1927 y el CCEB se ponen en contacto para realizar el concurso y cuentan para las 2 primeras ediciones con la Asociación Páginas de Luz, con la finalidad de incentivar la escritura creativa en nuestros jóvenes guineanos, de proponer un espacio para la participación libremente, expresar ideas de manera innovadora, abordando un tema importante como; el rescate de los valores familiares y sociales; el respeto, justicia, cooperación, solidaridad, honestidad, honradez, libertad, responsabilidad, amor, sinceridad.

Creemos importante realizar el concurso: para estimular y reconocer a las bases o futuras generaciones desde los Centros Escolares, a los jóvenes independientes que poseen talento en la materia. Queremos unirnos al esfuerzo que hacen muchas organizaciones en el mundo, por el rescate del hábito de la lectura y la escritura de esta y futuras generaciones.

Actualmente el concurso se lleva a cabo en Bata y Malabo simultáneamente, inherentemente en ambos Centros Culturales de España en Malabo y Bata respectivamente, con gran acogida y desde nuestra particular visión y aportación es siempre un placer contribuir al crecimiento de los talentos de esta exclusiva región.

ÍNDICE

RELATOS PREMIADOS EN LA REGIÓN CONTINENTAL

AMARGA VERDAD | MARÍA REINA GERONA MEJÍA
PRIMER PREMIO

PÁGINA 13

LA MALA JUGADA DEL DESTINO | DELFINA OKOMO OVONO
SEGUNDO PREMIO

PÁGINA 19

UNA MUERTE SIN CAUSA NI CAUSANTES | ÁNGEL NDONG NDONG
TERCER PREMIO

PÁGINA 25

---

revuelto los
u elixir para viajar al mu
iba a dudar de mi propia tradición. Me
i entre los matorrales y por mucho que
a el cementerio no tuve miedo. Tras una
pera vi un auto, eran ellos, arrastraban l
as; y cuando me acerqué vi que cavaban
lo hasta el ataúd, pero todo cambió al dar
ue ella estaba muerta. «Es el momento, p
rare el caso», pensé con la adrenalina q
or mis venas. Alcé el arma y les ordené
ovieran. Todos elevaron las manos cuan
e al tobillo del primero que quiso fuga
e el móvil para marcar a Senobua y a l
idades. Luego sentí un intenso golpe en
ca y me caí al suelo, mientras perdía la
ncia vi un rostro y era la loca del pu
l sonido electrizante me desperto. Estab
rrado en una caja de acero pero podía ve
s de los barrotes, una anciana me sacó y
ante quien parecía que era el titiritero
onetas. Llevaba una chaqueta con un va
en las manos y, para mi sorpresa, era a
no de los carteles. Me hervía la sangre
o saldría con vida pero al menos desci
da la operación. Con un aura acogedora
inaba a mi lado, mis ojos se deleitaban p
rentes alcobas que se transformaban en
perimentales. En la primera estaban va
onocidos cultivando plantas; al princip
era marihuana, pero, la marihuana no p
r carmesí. El segundo cuarto era experi
hi trabajaban con un líquido oscuro bas
almente, el último cuarto

AMARGA VERDAD

MARÍA REINA GERONA MEJÍA
PRIMER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL//

AMARGA VERDAD

MARÍA REINA GERONA MEJÍA
PRIMER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL

Soy aquella que vive en llantos, atrapada en una realidad que se me escapa impotente ante un destino sellado y juzgado por una sociedad dirigida por la marginación a los distintos.

Esta soy, la que busca con desesperación la causa de su mal al desconocerla y creer que solo por conocerla se salvaría de unos juicios sin abogados que encabezan una sociedad que toma el veredicto final sin pruebas seguras, apoyándose en testigos ausentes en el momento de los hechos pero presentes en el juicio, y teniendo como única prueba el indiscutible «congossá». Además, tomando en serio expresiones y frases como «me lo dijo», «escuché», «según dicen»; incluso, empleando verdades abstractas que dejan incrédulo al público al escuchar la lluvia de testimonios supuestamente verdaderos pero imposibles de demostrar.

Esta fui, quien buscaba desesperadamente un refugio para escaparse de este mundo que me parecía detestar a causa de un mal casi imposible de erradicar y que, a cada segundo que pasaba, me consumía y me vulneraba esperando el día que me debilitaría y rendiría el último suspiro para escaparme de esta vida solitaria y encontrarme un momento de solaz. No tenía elección porque estaba atrapada en mi propio mal.

¿Qué harías si un día inesperado toda tu vida se cayera a pico en el vacío? Me llamo Hisela Abaga Manel, cuando comenzó mi pesadilla tenía dieciséis años, estaba en cuarto curso de ESBA, en un instituto que «no quiero ni mencionar».

Era un martes, uno más de entre tantos que pasé en esas cuatro paredes de Cuarto A. Un martes que, como los otros, formaba parte de mi rutina, pero no sé por qué me resultaba más pesado que los anteriores. Todo era tan normal que no entendía el porqué de la aceleración de mi pulso en aquella mañana de marzo en la que el frío glacial del principio dejó paso a un calor sofocante y a un sol abrasador.

Cuando me llamó el profesor

me resultó muy difícil ponerme de pie, y me dije, es el profesor Félix de siempre, el aula de todos los días, el pizarrón oscuro del primer y segundo trimestre y los mismos pares de ojos que me miraban. Pero no fue así. Me levanté en seguida, avancé cinco pasos y al sexto me caí al suelo inconsciente. Al despertarme estaba en una de esas salas comunes del hospital General de Bata sin la menor idea del curso que tomaría mi vida a partir de ese momento.

Lo primero que me llamó la atención fueron los llantos y gritos de mi madre que, por primera vez en mucho tiempo, murmuraba maldiciones en Fa d´Ambo, a sabiendas que mi padre se enojaría al no conseguir hacer la traducción al español o al fang. Lo segundo fue la mirada de furia y de rabia que me echó mi padre que, de no haber estado en un lugar público, me daría un recuerdo que nunca olvidaría. Lo tercero fue la mirada decepcionada del profesor Félix que fue incapaz de mirarme sin sacudir la cabeza de forma negativa. Lo último fueron las palabras del doctor que, al principio empezó a hablarme con delicadeza, dándome un trato especial para que la enfermedad pareciese menos peligrosa o letal. Me quedé bloqueada al escuchar las palabras VIH Positivo.

—¡Imposible! —grité, y me puse de pie en un acto reflejo.

Todos me miraron perplejos, pero nadie dijo nada, salvo mi madre que me seguía maldiciendo.

Unas horas después estábamos en Guinea Salud repitiendo la prueba. Otro día fuimos al hospital La Paz para lo mismo y los resultados repetían la amarga verdad del positivo. Fue entonces cuando todo basculó y aparecieron los primeros jueces de mi inacabable juicio sin moral.

Mis padres decían que les había fallado y había desencadenado la maldición sobre nuestras familias, ya que las repercusiones no solo caían sobre mis hermanos y hermanas, sino también en toda su descendencia.

Mis hermanos, que antes matarían por mí, ahora el miedo

a contagiarse y a las críticas sociales superaban ese amor que decían sentir por mí.

En la escuela, primero corrió el rumor de mi supuesto embarazo y pensé que, mejor eso a que conozcan la verdad. Cuando esa verdad salió a la luz el miedo superó a todos mis compañeros. Me volví más solitaria cuando supe que sus padres les prohibieron que no siguieran teniendo contacto conmigo; y me acerqué paso a paso al abismo.

¿Qué me dirían ahora todas esas personas que me animaban a tener paciencia, que me decían que tenía una vida por delante? Pues nada. Ahora me evitaban, y el simple y mero hecho de pronunciar mi nombre les producía repugnancia. Eran los primeros que inventaban historias para hacerme pasar por un ser horripilante que carece de sentido común, como un monstruo. Esos que decían ser tan humanistas pasaban los días destruyendo la poca dignidad que les quedaba alimentando sus almas nefastas con el dolor ajeno. Y eso les convertía en verdaderos monstruos.

A pesar de todo, en mi total oscuridad, aparecieron luces, gente noble que entregaba su vida por almas heridas y marginadas como yo.

Entré en un grupo de «positivos» como yo, aunque en él también había gente sana que, habiendo estudiado las formas de contagio del virus, nos trataba como gente corriente. Nuestra misión era acompañar a nuestros semejantes en sus últimos momentos dándoles valor para enfrentarse a lo desconocido y pasar a la otra vida. Nuestro punto central era el Hospital General donde, a diario, nos despedíamos, en ocasiones, de más de cinco personas.

Entre nosotros se escondían historias, tragedias, comedias, experiencias y saberes que cada uno llevaba a la tumba al darse por vencido del poco apoyo del pueblo. La mía era la de una adolescente que contrajo el virus de una forma hasta hoy desconocida, sin haber mantenido relación sexual alguna. Pero existen diversas formas de contagio, lo que no lograron entender mis padres.

Aunque con las depresiones sufridas en el pasado en un mundo que me parecía detestar, encontré lugar; un refugio donde acogían a marginados sociales que luchaban para cambiar la mentalidad de muchas personas, porque nadie sabe cuándo puede alcanzarle una amarga verdad.

revuelto los
u elixir para viajar al mu
iba a dudar de mi propia tradición. Me
i entre los matorrales y por mucho que
a el cementerio no tuve miedo. Tras una
pera vi un auto, eran ellos, arrastraban l
as; y cuando me acerqué vi que cavaban
lo hasta el ataúd, pero todo cambió al dar
ue ella estaba muerta. «Es el momento, p
rare el caso», pensé con la adrenalina q
or mis venas. Alcé el arma y les ordené
ovieran. Todos elevaron las manos cuan
e al tobillo del primero que quiso fuga
e el móvil para marcar a Senobua y a l
idades. Luego sentí un intenso golpe en
ca y me caí al suelo, mientras perdía la
ncia vi un rostro y era la loca del pu
l sonido electrizante me desperto. Estab
rrado en una caja de acero pero podía ve
s de los barrotes, una anciana me sacó y
ante quien parecía que era el titiritero
onetas. Llevaba una chaqueta con un va
en las manos y, para mi sorpresa, era a
no de los carteles. Me hervía la sangre
o saldría con vida pero al menos desci
da la operación. Con un aura acogedora
inaba a mi lado, mis ojos se deleitaban p
rentes alcobas que se transformaban en
perimentales. En la primera estaban va
onocidos cultivando plantas; al princip
era marihuana, pero, la marihuana no p
r carmesí. El segundo cuarto era experi
hi trabajaban con un líquido oscuro bas
almente, el último cuarto

LA MALA JUGADA DEL DESTINO

DELFINA OKOMO OVONO
SEGUNDO PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL//

LA MALA JUGADA DEL DESTINO

DELFINA OKOMO OVONO
SEGUNDO PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL

Hoy, ir y no volver en el tiempo, la vida se vuelve insoportable. Nina, una joven de quince años era una flor con grandes sueños. Cuando se despertaba por las mañanas cantaban los pájaros. Los días se volvían más hermosos y las noches resplandecientes. Un día sus padres se opusieron a sus sueños, sueños que le llenaban de emoción. Le prohibieron soñar por su bien. Lo cierto es que querían protegerla. Pero más cierto todavía era que la niña ya no quería ser la misma de antes y se volvía cada día más amargada, infeliz y angustiada.

De forma clandestina, Nina entró en un grupo de baile. Bailar era una de sus pasiones. Cuando bailaba se sentía libre y parecía como si todo era perfecto. Se sentía cómoda como un águila que vuela libremente en el cielo; bailando sentía una emoción nueva que borraba su infelicidad y amargura y llenaba el vacío de su corazón.

Unos meses después Nina seguía en su grupo de baile. Cuando llegó el momento de recibir las notas en el instituto ella había aprobado todo con buenas calificaciones. Con sus buenos resultados pensó que sus padres se sentirían muy orgullosos de ella y podrían admitir y comprender su pasión. Le dijeron simplemente que debía esforzarse más. Nina se encerró un día entero en su habitación. Estaba descontrolada. Tenía ganas de desaparecer para no volver nunca más. Solo deseaba escuchar: «Eres una buena bailarina», «estamos orgullosos de tu talento». Pasado este momento de desesperación, la muchacha no se dejó llevar por la angustia y dolor que sentía. Siguió luchando con todas sus fuerzas, dispuesta a disfrutar.

Un día, después del ensayo con sus colegas de grupo, se puso a recoger sus atuendos; mientras lo recogía llegaron sus padres. Los latidos de su corazón se aceleraron. Cerró los ojos y miró al cielo suplicando a Dios que se tratase de simples imaginaciones suyas. Pero, cuando los abrió de nuevo, ahí

estaban ellos.

Amenazaron al coordinador del grupo con llevarlos a la policía. Nina se puso a llorar. Sus padres le estaban haciendo mucho daño. Ellos creían que le estaban protegiendo de la mala gente, de los malos amigos. Durante la discusión, Nina intentó explicarles que en la vida no hay que renunciar por lo que le gusta al otro; nadie puede avanzar y llegar al éxito sin tomar ningún riesgo. Hay que arriesgarse para conseguir las metas, para ser uno mismo. Pero ellos le imponían las normas que creían convenientes olvidándose de su felicidad. Nunca se preocuparon por preguntarla cómo se sentía cuando le regañaban.

Para no meter a sus compañeros en problemas decidió abandonar el grupo y dejar de bailar. Pero, lo peor de todo fue que dejó de ser la misma de siempre. Se volvió solitaria, distante con los demás y siempre con lágrimas en los ojos. Cuando se encontraba sola rompía a llorar y gritaba: «¡Ya no puedo más!». Sus amigos trataron de consolarla, pero ella solo podía aguantar y sufrir.

En las clases ya no prestaba atención a las explicaciones de los profesores, ya no dirigía palabra a sus padres. Sus amigos le llamaban y no contestaba. No quería hablar con nadie. Se ahogaba en sus recuerdos y ya no tenía ganas de seguir viviendo.

Un día, aprovechando la ausencia de sus padres, tomó un vaso de licor acompañado de un frasco de pastillas. En unos segundos perdió el conocimiento. Una hora más tarde, al llegar su madre a casa, la encontró medio muerta. Inmediatamente la llevó a urgencias.

Los médicos hicieron todo lo posible por salvarla y, al fin, lo consiguieron. Su padre se puso como una fiera. La regañó y le dijo las peores palabras que un padre puede decirle a su hija única.

Nina estuvo una semana sin ir al instituto. Cuando volvió siguió encerrada en su soledad. No respondía a los saludos de los compañeros. Siempre estaba sola. Jamás se la veía sonreír.

Una vez, saliendo de clase, se paró en un bar y compró una botella de licor; se sentó en una esquina y se puso a beber. De pronto llegó un muchacho de su edad, se sentó junto a ella y le ofreció otra botella y ambos estuvieron allí bebiendo hasta el atardecer. Más tarde, se despidieron intercambiándose sus números de móvil para volverse a ver. Cuando llegó a casa encontró a sus padres muy preocupados. Le echaron una gran bronca y le castigaron durante dos semanas sin salir.

A ella todo le daba igual: sus estudios, sus amigos, la vida... Otro día volvió a verse con el muchacho que le ofreció una botella y pudo llevarla a una fiesta que organizaban sus amigos. En ella, hizo cosas que nunca había hecho y se divirtió como nunca. Brian, el nuevo amigo, la llevó a un cuarto.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó ella.

—¿Quieres volar?, voy a hacerte olvidar todo —dijo el chico.

Sacó una bolsita que contenía unas hierbas. Brian fumó un poco y le ofreció. Ella, conscientemente hizo lo mismo. Se sentía tan bien que le pidió más. Durmió allí hasta el amanecer. El tiempo pasó y la droga se volvió habitual. Nina se escapaba de clase para verse con Brian. Se había convertido en su único amigo, el único que le entendía y le apoyaba. Sólo podía contar con él. Juntos atracaron un bar y se llevaron mucho dinero y objetos de valor. Al cabo de una semana fue detenida y la llevaron a la comisaría. Su padre pagó la fianza y le llevó a casa.

De nuevo la joven se escapó de casa robando suficiente dinero para sacar a Brian de la cárcel. Cuando volvió a casa, encontró sus maletas hechas fuera de su cuarto. Su padre la estaba echando de casa porque había encontrado una bolsa con droga entre sus cosas. Su madre no paraba de llorar. No quería que su hija se fuera. Nina dejó tiradas sus maletas y dio media vuelta. Su madre fue tras ella suplicando que volviera.

—Será mejor para todos —decía Nina. Había tomado la decisión de irse y no suplicar a su padre.

La madre, desde la puerta de la casa, miraba cómo cruzaba la carretera; de repente oyó un gran golpe, un coche se llevaba la vida de su hija. La llevó urgentemente al hospital donde estuvo veinticuatro horas inconsciente. Cuando se recuperó sus padres estaban a su lado.

—Vosotros sois los culpables de todo —decía la niña.

—Cálmate Nina, todo lo hicimos por ti —señaló su madre.

—No habéis sido unos buenos padres. Nunca habéis sabido qué es lo bueno para mí porque nunca me habéis preguntado nada. Yo sólo quería ser feliz. Hacer algo que me llenara de emoción —añadió Nina.

Entre lágrimas, ella les habló de todo sus dolor y sufrimiento. Luego se despidió de ellos con una sonrisa, la sonrisa que siempre le negaron.

revuelto los
u elixir para viajar al mu
iba a dudar de mi propia tradición. Me
i entre los matorrales y por mucho que
a el cementerio no tuve miedo. Tras una
pera vi un auto, eran ellos, arrastraban l
as; y cuando me acerqué vi que cavaban
lo hasta el ataúd, pero todo cambió al dar
ue ella estaba muerta. «Es el momento, p
rare el caso», pensé con la adrenalina q
or mis venas. Alcé el arma y les ordené
ovieran. Todos elevaron las manos cuan
e al tobillo del primero que quiso fuga
e el móvil para marcar a Senobua y a l
idades. Luego sentí un intenso golpe en
ca y me caí al suelo, mientras perdía la
ncia vi un rostro y era la loca del pu
l sonido electrizante me desperto. Estab
rrado en una caja de acero pero podía ve
s de los barrotes, una anciana me sacó y
ante quien parecía que era el titiritero
onetas. Llevaba una chaqueta con un va
en las manos y, para mi sorpresa, era a
no de los carteles. Me hervía la sangre
o saldría con vida pero al menos desci
da la operación. Con un aura acogedora
inaba a mi lado, mis ojos se deleitaban p
rentes alcobas que se transformaban en
perimentales. En la primera estaban va
onocidos cultivando plantas; al princip
era marihuana, pero, la marihuana no p
r carmesí. El segundo cuarto era experi
hi trabajaban con un líquido oscuro bas
almente, el último cuarto

UNA MUERTE SIN CAUSA NI CAUSANTES

ÁNGEL NDONG NDONG
TERCER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL//

UNA MUERTE SIN CAUSA NI CAUSANTES

ÁNGEL NDONG NDONG

TERCER PREMIO,
REGIÓN CONTINENTAL

En un desanimado barrio de la histórica ciudad de Bata respira un señor de nombre Pánfilo, un verdadero hijo de Guinea Ecuatorial, natural de algún lugar del interior en un dormido distrito. Pánfilo se encuentra laboralmente en esa ciudad de Bata. El hombre es un apasionado seguidor de fútbol como a los dioses griegos les apasionan los juegos olímpicos.

¡Hoy es hoy! ...te lo juro, ¡hoy es hoy! Son las monótonas frases que suelta un esquizofrénico en un chabacano bar al que han bautizado prestigiosos alcohólicos con el nombre de «La catedral del dios Dionisio».

Pues sí, era el día del clásico partido de ida de la Liga española en el que se enfrentaban FC Barcelona contra CF Real Madrid. Precisamente, en ese bar se encontraba Pánfilo, no por ser un bar donde una botella de alcohol no caduco costaba menos que un paquete de cigarros, sino porque es ahí donde desfilan las chicas más caducadas, incompletas y disecadas física y moralmente; esas que hacen sentir a varios incultos durante la noche, noche que esconde sus escalofriantes y monstruosos rostros; ciertamente similar al de la diosa Medusa. Un lugar donde los embusteros públicos se sentían a gusto. Pánfilo se encontraba acomodado en una de las ocho mesas que amueblan dicho bar. Estaba con un amigo suyo, que solo aparecía en momentos de gloria de nuestro protagonista.

Durante el partido se escuchaban frases como «hijo de puta», «mierda», «vete a tu país», «feo»...etc. En desconocidas bocas se desahogaban una infinidad de frases que hacían sentir en un mundo de jauja a esas chicas en bancarrota mental.

Terminado el choque deportivo, Pánfilo fue aterrizando a su residencia gracias a Mey, su amigo de copas. Durante la trayectoria Pánfilo venía insistiendo a su amigo que se notaba raro, aunque mucho antes del partido ya se sentía

mal, pero no como en esos momentos; a lo que Mey le dijo «pasará, solo tienes que pegar ojo y relajarte».

A la mañana siguiente, Mami, una de las hermanas de Pánfilo, fue a visitarle como siempre en su residencia. Empezó a tocar la puerta una y otra vez, pero en vano lo hacía porque nadie respondía. Tras la imposibilidad de ser atendida por alguien decidió derribarla. Tras tumbar la puerta, consiguió entrar en la vivienda, pero encontró a su hermano en un escalofriante estado de salud. Mami decidió contactar con otras dos hermanas e informarlas sobre lo visto, y añadió que lo llevaba al hospital y es ahí donde se encontrarían. En el Hospital General, Lila y Mari también hermanas de Pánfilo, llegaron con un retraso de veinte minutos. Una vez en el lugar se presentaron en la sala de operaciones donde se encontraba su hermano bajo sueros.

—Llevémoslo a una curandería —alarmó Lila, la última de entre los cuatro hermanos— conozco a una curandera que puede expulsar ese mal espíritu que tiene agonizado a nuestro hermano, esa curandera es muy popular y cura hasta los dioses —señaló de nuevo Lila.

—¡Cállate! —interrumpió Mari cargando a su hermano tras quitarle los sueros que le habían inyectado en el interior de su dermis sin previo consentimiento del ausente doctor—. Los curanderos no saben expulsar los malos espíritus de un cuerpo en agonía, sino los pastores. Los curanderos no creen en Nuestro Señor Jesucristo que dio su vida por nosotros siendo DIOS —insistía Mari.

Ni Mami, la menor de los cuatro hermanos que creía en la ciencia, ni Lila que era tradicionalista pudieron impedírselo a Mari, quien desde el punto de vista económico era la mejor posicionada.

Tras esa incertidumbre, Mari, ayudada por sus hermanitas acomodó a su hermano en su vehículo y prendió rumbo a su desconocida congregación religiosa. Durante la trayectoria su hermano le decía desde su agonía: «No me lleves de momento a ningún lado que no

sea un hospital o clínica porque solo yo sé cómo me siento y dónde puedo recuperarme». Mari no le hacía ni caso, intuía que estaba poseído de unos espíritus malignos que ella misma sabía.

Llegando pues a la congregación religiosa, varias fueron las hermanas en Cristo y amigas suyas que le socorrieron ayudándole a trasladar a Pánfilo ante su pastor que se encontraba en el interior de la misma capilla esperando al afligido como un dios preparado para juzgar a los pecadores en el juicio final.

El hombre cogió en su mano derecha la Biblia de unos cinco kilos aproximadamente. Alzó la mano hacia arriba como un jugador de fútbol que dedica al cielo su gol encajado en un partido de inconscientes. Cerró sus ojos e invitó a una cuarentena de creyentes a que hiciera lo mismo. Durante varias horas predicó y oró fuertemente a Dios en una lengua desconocida por los lingüistas. Después se le oía decir en lengua común: «Fuera de este cuerpo Satanás»; «fuera», «en nombre de...». Y así, una y otra vez. Mientras entonaba esas frases golpeaba sin piedad el enorme tomo de libro a nuestro perdido protagonista en todas las partes de su cuerpo.

Tras varias horas de incontrolables derechazos, Pánfilo echó su último aliento diciendo: «Señor, Dios de todos, ¿dónde me dejas morir?, ¿dónde se irá mi alma...? ¿Ascenderá hacia tu reino o descenderá hacia el inframundo? Tú dime, Dios de todos».

Afirmó diciendo que fueron largos los minutos de silencio que soplaban en contra de Pánfilo. De pronto, las bocas cerradas de aquella cuarentena de creyentes que rodeaban y admiraban la supuesta fe del buen pastor, empezaron a refunfuñar como si dudaran del poder de la oración del supuesto «buen pastor». La noche parecía larga, larga como la del Jueves Santo visto desde El Vaticano. Más tarde, entre la multitud se oían voces que susurraban en fang diciendo: «¡Qué demonio!, ¡qué atrevido! ¡El pastor le ha demostrado que Cristo tiene poder!, ¿lo ves?, ningún demonio puede contra este pastor!, ¡este pastor es

el décimo tercer discípulo de Jesús que la Biblia aún no ha mencionado!».

Al amanecer del día siguiente, la muerte de Pánfilo se informó en todos los medios informativos. Su amigo Mey empezó a lamentar dicho caso culpando a Dios por no haber podido salvarlo, también culpó a las autoridades competentes del sector salud de Guinea Ecuatorial por no mejorar la calidad de vida de los ciudadanos, así como la precariedad de los medios sanitarios con que dispone el sistema.

Lo más penoso y alarmante fue el incomparable odio y desconfianza que surgió entre las hermanas de Pánfilo y que se podría notar con mayor fuerza entre sus descendientes en un futuro muy próximo.

Cooperación Española
CULTURA

BATA
MALABO

9 788409 199365

I CONCURSO DE RELATO CORTO

GUINEA ESCRIBE

MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES
Y DE COOPERACIÓN

aecid

Cooperación Española